

SHARPE Y SUS FUSILEROS

BERNARD CORNWELL

SHARPE Y SUS FUSILEROS

Richard Sharpe y el sitio de Badajoz

Traducción de Carmen Soler Rodríguez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Company*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: enero de 2023

© Bernard Cornwell, 1982

© de la traducción: Carmen Soler Rodríguez, 1998

© de la presente edición: Edhasa, 2023

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6415-6

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 22772-2022

Impreso en España

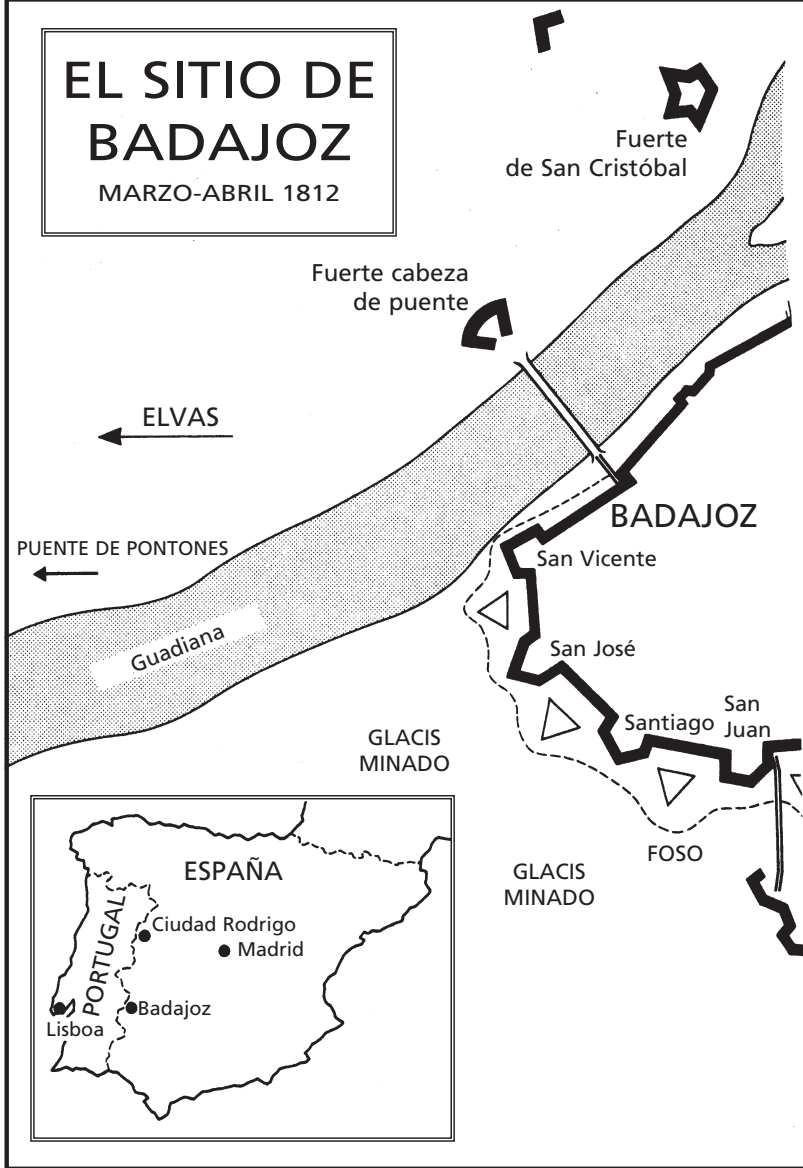
Para la familia Harper, Charlie y Marie,
Patrick, Donna y Terry,
con cariño y gratitud.

Ahora que has llegado
a un festín de muerte.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Enrique VI*

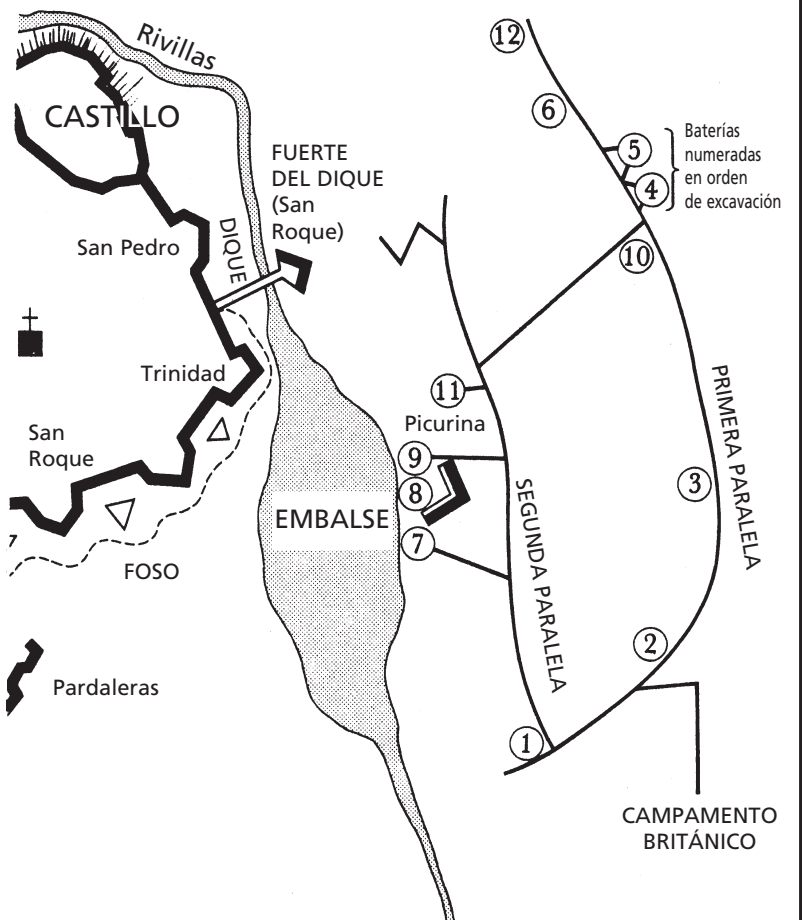
EL SITIO DE BADAJOZ

MARZO-ABRIL 1812



MEDIA MILLA

N



PRIMERA PARTE

Enero de 1812

CAPÍTULO 1

Cuando al amanecer se ve un caballo bayo a una milla de distancia significa que la noche ha terminado. Los centinelas se pueden relajar, los batallones se pueden retirar, porque el momento de un ataque por sorpresa de madrugada ya ha pasado.

Pero ese día, no. Un caballo bayo apenas se vería a un centenar de pasos, menos aún desde tan lejos; y el amanecer, vetado con el humo sucio de los cañonazos, se mezclaba con la ventisca. Sólo un ser viviente se movía en el espacio grisáceo que se extendía entre las líneas británicas y las francesas; un gorrioncillo daba saltitos afanosamente sobre la nieve. El capitán Richard Sharpe, acurrucado en su capote, observaba el pájaro y lo obligó a levantar el vuelo. «¡Muévete, tonto! ¡Vuela!». Odiaba parecer supersticioso. Había descubierto el pajarillo y, de repente y de forma espontánea, se le ocurrió que a menos que el pájaro levantara el vuelo en treinta segundos, el día acabaría de forma desastrosa.

Iba contando. Diecinueve, veinte, y el maldito pájaro seguía saltando en la nieve. No sabía qué clase de pájaro era. El sargento Harper seguro que lo sabría, el enorme sargento irlandés conocía todos los pájaros, pero saber qué pájaro era no le iba a suponer ninguna ayuda. «¡Muévete!». Veinticuatro, veinticinco, y con desesperación y de cualquier manera formó una bola de nieve y la hizo rodar cuesta abajo, de manera que el pajarillo, asustado, se elevó de un sal-

to hacia la maraña de humo cuando aún le sobraban dos segundos. A veces el hombre ha de procurarse su propia suerte. ¡Cielos! ¡Qué frío hacía! Los franceses lo tenían bien. Estaban al otro lado de las ingentes defensas de Ciudad Rodrigo, resguardados en las casas de la ciudad y se calentaban ante amplias chimeneas, pero las tropas portuguesas y británicas estaban en campo abierto. Dormían cerca de grandes fogatas que se extinguían durante la noche, y ayer, de madrugada, se había encontrado a cuatro centinelas portugueses muertos por congelación junto al río con los capotes helados pegados al suelo. Los habían echado al río, después de romper la fina capa de hielo del Águeda, porque nadie quería cavar más tumbas. El ejército ya había cavado bastante; a lo largo de doce días no habían hecho otra cosa; baterías, paralelas, zapas y trincheras, y ya no querían cavar más. Querían luchar. Querían llevar sus largas bayonetas por el glacis de Ciudad Rodrigo, abrir una brecha, matar a los franceses y hacer suyas esas casas y esas chimeneas. Querían sentir su calor.

Sharpe, el capitán de la compañía ligera del regimiento South Essex, estaba sobre la nieve y observaba por su catalejo la brecha más ancha. No veía gran cosa. Incluso desde la ladera de la loma, a medio kilómetro de la ciudad, la pendiente cubierta de nieve del glacis lo ocultaba todo, salvo los últimos pies del extremo superior de la muralla principal de Ciudad Rodrigo. Se veía que los cañones británicos habían causado daños, y él sabía que las piedras y los cascotes habían caído como en cascada al interior del foso oculto y habían formado una especie de rampa, tal vez de unos treinta metros de ancho, que permitiría a los atacantes subir y penetrar en el corazón de la fortaleza. Le hubiera gustado ver el otro lado de la brecha, los callejones que se extendían al pie de la torre de la iglesia, tan cercana a las murallas, toda ella marcada por el impacto de

los disparos. Allí, los franceses debían de andar atareados construyendo nuevas defensas, colocando un cañón nuevo, para que cuando los atacantes salvaran el montón de escombros de la brecha se encontraran con un horror de llamas y metralla planeado con precisión; para que se encontraran de noche con la muerte.

Sharpe estaba asustado.

Se trataba de una sensación extraña, que sólo él conocía y de la cual se avergonzaba. No era cierto que el ataque tuviera que ser ese día, pero el ejército, con el instinto del soldado que sabe que el momento ha llegado, estaba seguro de que Wellington ordenaría el asalto esa misma noche. Nadie sabía qué batallones iban a ser los escogidos, pero cualesquiera que fueran las unidades que emprendieran el asalto no serían los primeros atacantes los que escalaran la brecha. Eso era sólo un trabajo para voluntarios cuya misión suicida sería atraer el fuego de los defensores, obligarlos a poner en funcionamiento sus trampas cuidadosamente preparadas y abrirles un camino sangriento a los batallones que vendrían detrás. Pocos serían los supervivientes de ese destacamento suicida. El teniente que estuviera al mando, si sobrevivía, se convertiría en capitán allí mismo, y sus dos sargentos pasarían a ser alféreces. Las promesas de ascenso se hacían alegremente porque en muy pocas ocasiones se tenían que cumplir, y sin embargo nunca faltaban voluntarios.

El escuadrón suicida era para los valientes. Podía ser un valor fruto de la desesperación, o de la temeridad, pero a fin de cuentas era valor. Los hombres que sobrevivían a una misión así quedaban marcados de por vida, se hacían famosos entre sus compañeros y eran la envidia de hombres de menor categoría. Tan sólo los regimientos de fusileros otorgaban una insignia a los supervivientes, una corona de laurel que se cosía en la manga, pero Sharpe no

buscaba medallas. Él solamente quería sobrevivir a una prueba, la prueba suprema de la muerte, probablemente porque no había estado nunca en un escuadrón suicida. Era un deseo estúpido, y lo sabía, pero así era.

No era solamente una prueba. Richard Sharpe quería el ascenso. Se había alistado en el ejército a los dieciséis años, de soldado raso, y recorrió su camino en la tropa hasta llegar a sargento. En la batalla de Assaye le salvó la vida a sir Arthur Wellesley y lo recompensaron con un catalejo y un ascenso. El alférez Sharpe, salido de los bajos fondos pero ambicioso, todavía necesitaba demostrar un día tras otro que era mejor soldado que los hijos de los privilegiados que se compraban los ascensos e iban subiendo en la escala de oficiales gracias a su dinero. El alférez Sharpe se había convertido en el teniente Sharpe, y con un nuevo uniforme, el verde oscuro de los fusileros del 95, había luchado en el norte de España y Portugal; la retirada de La Coruña, Rolica, Vimeiro, el paso del Duero y Talavera. Consiguió hacerse con un águila del imperio en Talavera; el sargento Harper y él se abrieron camino a golpe de espada hasta un batallón enemigo, derribaron al portador del estandarte y llevaron el trofeo a Wellesley,¹ quien se convirtió en el vizconde Wellington de Talavera. Y a Sharpe lo ascendieron a capitán, justo antes de la batalla. Era el ascenso que más deseaba, pues le daba la oportunidad de mandar su propia compañía, pero ya hacía dos años y medio de aquel ascenso y todavía no había sido ratificado.

Apenas se lo creía. En julio volvió a Inglaterra y pasó allí los últimos seis meses de 1811 reclutando soldados para el mermado regimiento del South Essex en Londres y en los condados de Leicestershire, Northamptonshire y Rut-

1 Véase *Sharpe y el águila del imperio*.

land. Lo agasajaron en Londres, le ofrecieron una comida en el Fondo Patriótico y le obsequiaron con una espada de cincuenta guineas por la captura del águila francesa. El *Morning Chronicle* le puso el apodo de «el héroe con cicatriz del campo de Talavera» y de repente, y al menos por unos pocos días, todo el mundo quería conocer al alto fusilero de cabello castaño, con esa cicatriz que le otorgaba a su cara una expresión poco natural y burlona. Se había sentido fuera de lugar en la suavidad tapizada de los salones de Londres, y ocultó esa incomodidad refugiándose en sí mismo bajo un cauteloso silencio. Esa reticencia les pareció peligrosamente atractiva a sus anfitrionas, que procuraron mantener a sus hijas alejadas de él y se quedaron al capitán de fusileros para sí.

Pero el héroe del campo de Talavera no era más que un estorbo en el cuartel general del ejército de la Guardia Real. Cometió un error, un error estúpido, visitar Whitehall. Lo acompañaron a una fría sala de espera. La lluvia de otoño salpicaba la sala a través de una gran ventana rota mientras él estaba sentado, con su enorme espada cruzada sobre las rodillas, y un funcionario picado de viruela intentaba averiguar lo que había sucedido con el boletín oficial en el que aparecía su ascenso. Sharpe tan sólo quería saber si era de verdad capitán, y si la Guardia Real había aprobado realmente su nombramiento o era tan sólo un teniente con una graduación temporal. El funcionario le hizo esperar tres horas, pero finalmente regresó a la habitación.

—¿Sharpe? ¿Con una «e»?

Sharpe asintió con la cabeza. Alrededor de él un grupo de oficiales retirados, enfermos, mutilados o medio ciegos, pero curiosos, escuchaban con atención. Todos ellos buscaban nombramientos y esperaban que Sharpe también se sintiera decepcionado. El funcionario retiró de un soplo el polvo que había en los papeles.

–Es irregular. –Eché una mirada a la casaca verde oscura de Sharpe—. ¿Ha dicho el regimiento South Essex?

–Sí.

–Pero eso, si no me equivoco, y es raro que yo me equivoque, ¿no es el uniforme del 95? –preguntó el funcionario soltando una risita de satisfacción, como si celebrara una pequeña victoria.

Sharpe no contestó. Él llevaba el uniforme de los fusileros porque estaba orgulloso de su antiguo regimiento, porque el trabajo con el South Essex tan sólo lo consideraba como algo temporal, y ¿cómo iba él a contarle a este burócrata estirado lo que era mandar a un grupito de fusileros desde el horror que había supuesto la retirada de La Coruña hasta reunirse con el ejército en Portugal, donde de forma arbitraria los juntaron con los casacas rojas del South Essex? El funcionario se tiró de la nariz y sorbió.

–Irregular, señor Sharpe, muy irregular. –Escogió la primera hoja de papel con sus dedos manchados de tinta—. Aquí está el documento.

Le entregó el nombramiento a Sharpe, como si el documento pudiera contagiarle de nuevo la viruela.

–¿Le hicieron capitán en 1809?

–Sí, lord Wellington. –Ese nombre no causaba impresión en Whitehall.

–Debería saberlo. ¡Dios mío, señor Sharpe, tendría que saberlo! Es irregular.

–Pero ¿seguramente no es desconocido? –Sharpe reprimió el impulso de descargar su irritación sobre el funcionario—. Yo creía que era su trabajo aprobar estos documentos.

–¡O no aprobarlos! –El funcionario soltó de nuevo otra risita, y los oficiales en situación de retiro sonrieron burlones—. ¡Aprobar, señor Sharpe, o no aprobar!

La lluvia descendía por la chimenea y al caer sobre el fuego mortecino hacía saltar pavesas de las ascuas. El funcionario se echó a reír por lo bajo sacudiendo sus delgados hombros, sacó unas gafas de algún escondrijo de su ropa y se las colocó en la nariz como si el ascenso, visto a través de un cristal sucio, pudiera revelarle nuevos motivos de alegría.

—Los rechazamos muy a menudo. Se acepta uno y se aceptan todos. Eso es perjudicial para el sistema, ¿sabe? ¡Hay reglas, reglamentos! —Y el funcionario sacudió la cabeza porque resultaba obvio que Sharpe no entendía nada de cómo funcionaba el ejército.

Sharpe esperó a que cesara el movimiento de cabeza.

—Al parecer les está llevando mucho tiempo tomar una decisión respecto a este nombramiento.

—¡Y aún no se ha tomado! —dijo el funcionario con orgullo, como si quisiera mostrar que dedicarle mucho tiempo probaba la sabiduría de la Guardia Real. Entonces se ablandó y sonrió a Sharpe como con arrepentimiento—. Lo cierto es, señor Sharpe, que ha habido un error. Un error lamentable, y afortunadamente esta visita permite rectificar la equivocación. —Asomó los ojos por encima de las gafas y miró al alto fusilero—. Todos nosotros le estamos profundamente agradecidos por hacer que nos fijáramos en ese error.

—¿Error?

—Estaba mal archivado. —El funcionario tiró de otro trozo de papel que tenía en la mano izquierda—. El teniente Robert Sharp, sin «e», que murió en 1810. Sus papeles estaban, por otro lado, en perfecto orden.

—¿Y los míos no?

—Pues no, pero todavía está vivo. —El funcionario miró con malhumor a Sharpe—. Cuando un oficial es trasladado a la gloria tenemos ocasión de poner orden. —Se quitó las gafas y se las limpió con la hoja doblada del nombramiento.

to de Sharpe—. Nos ocuparemos de ello, señor Sharpe, con premura. Se lo prometo. ¡Con premura!

—¿Pronto?

—Eso es lo que he dicho, ¿no es así? Sería un error decir algo más. —El funcionario se volvió a colocar las gafas—. Ahora, si me disculpa, ¡estamos en guerra y yo tengo otros deberes!

Sharpe se dio cuenta después de que fue un error visitar Whitehall, pero ya estaba hecho y lo único que podía hacer ahora era seguir esperando. Seguramente, se decía a sí mismo una docena de veces al día, no podrán rechazar el nombramiento. No después de que hubiera conseguido el águila imperial francesa ni después de que sacara el oro de una Almeida² en llamas, ni después de que embistiera, las mejores tropas francesas en las trampas mortales de Fuentes de Oñoro. Se quedó mirando con melancolía bajo la nieve y a través de la cicatriz que le valió la defensa de Ciudad Rodrigo. Sabía que tenía que haberse presentado voluntario para el escuadrón suicida. Si lo hubiera mandado, y hubiera sobrevivido, nadie podría negarle entonces el ascenso a capitán. Se hubiera probado a sí mismo, se hubiera hecho con el rango, y los burócratas picados de virola de Whitehall podrían seguir rascándose hasta la eternidad porque no podrían hacer nada, absolutamente nada, para negarle el ascenso a capitán. ¡Era como una china en el zapato de todos ellos!

—¡Richard Sharpe! —Era una voz baja que sonaba tras él, llena de alegría, y Sharpe se dio la vuelta.

—¡Comandante!

—¡Yo notaba un cosquilleo en los pulgares! Sabía que tenía que estar de vuelta en el ejército. —El comandante Michael Hogan se deslizó por la nieve hacia él—. ¿Qué tal está?

2 Véase *Sharpe y el oro de los españoles*.

–Estoy bien. –Sharpe sacudió los pies. Se quitó la nieve del capote y le estrechó la mano enguantada a Hogan.

El ingeniero se rio de él.

–Parece un pollo remojado, pero me alegro de verle. –Su voz irlandesa era cálida y dulce–. ¿Y qué tal está Inglaterra?

–Fría y húmeda.

–Ah, bueno, es un país protestante –añadió Hogan, sin hacer caso de la helada humedad del campo español que se extendía a su alrededor–. ¿Y cómo está el sargento Harper? ¿Se lo pasó bien en Inglaterra?

–Así es, se pasó el tiempo engordando y riendo tontamente.

Hogan soltó una carcajada.

–Un hombre sensato. ¿Le dará recuerdos de mi parte?

–Se los daré.

Los dos hombres se quedaron mirando fijamente la ciudad. Los cañones de asedio británicos, de hierro de veinticuatro libras, seguían disparando: sus detonaciones se oían amortiguadas sobre la nieve, sus disparos arrojaban ráfagas de nieve y piedras desde las murallas a ambos lados de la brecha principal. Sharpe echó una mirada a Hogan.

–¿Es un secreto que vamos a atacar esta noche?

–Es un secreto. Todo el mundo lo sabe, por supuesto, siempre lo saben. Incluso antes que el general. Se rumorea que a las siete.

–¿Y el rumor incluye al South Essex?

Hogan negó con la cabeza; él estaba destinado en el estado mayor de Wellington y sabía lo que se planeaba.

–No, pero yo desearía, y mucho, poder convencer al coronel de que me deje su compañía.

–¿La mía? –Sharpe se sintió complacido–. ¿Por qué?

–No para gran cosa. No quiero a sus chicos en la brecha, pero los ingenieros andan escasos de mano de obra,

como siempre, y son muchos los trastos que hay que acarrear por el glacis. ¿Le gusta la idea?

–Por supuesto.

Sharpe no sabía si confesarle a Hogan el deseo que tuvo de ir con el escuadrón suicida, pero sabía que el ingeniero irlandés pensaría que estaba loco, así que no dijo nada. En su lugar le dejó su catalejo a Hogan y esperó en silencio mientras el ingeniero observaba la brecha. Hogan soltó un gruñido.

–Es practicable.

–¿Está seguro?

Sharpe cogió la lente y con sus dedos palpó instintivamente la chapa de bronce: «En agradecimiento, AW. 23 de septiembre de 1803».

–Nunca estamos completamente seguros. Pero no veo cómo podría mejorar.

Los ingenieros tenían la misión de dar su opinión sobre si una brecha era «practicable» cuando, a su juicio, la infantería atacante podía ascender por la pendiente de cascotes. Sharpe miró al comandante, un hombre bajito y de mediana edad.

–No se le ve muy contento.

–Por supuesto que no. A nadie le gusta un asedio.

Hogan estaba intentando imaginar, tal como Sharpe hizo anteriormente, los horrores que los franceses habrían preparado en la brecha. Un asedio era, en teoría, la lucha más científica que había. Los atacantes abrían boquetes en las defensas y ambas partes sabían cuándo las brechas eran practicables, pero eran los defensores los que llevaban ventaja. Sabían por dónde vendría el ataque principal, cuándo y, aproximadamente, cuántos hombres podían penetrar por esa brecha. Hasta ahí llegaba la ciencia. Se necesitaba mucha habilidad para colocar las baterías, para avanzar zappando, pero una vez que la ciencia de los ingenieros hubo

abierto la brecha, se dejaría a la infantería que escalara los muros y muriera sobre los escombros. Los cañones de asedio hacían lo que podían. Disparaban hasta el último momento, como hacían ahora, pero pronto las bayonetas entrarían en juego y tan sólo la furia bruta conduciría a los atacantes entre el horror que les habían preparado. Sharpe volvió a sentir el miedo a penetrar en una brecha.

Parecía que el irlandés leyera sus pensamientos. Le dio un golpe en el hombro a Sharpe.

–Tengo un presentimiento respecto a esto, Richard. Irá bien. –Cambió de tema–. ¿Sabe algo de su mujer?

–¿Cuál de ellas?

Hogan resopló.

–¡Cuál! Teresa, por supuesto.

Sharpe negó con la cabeza.

–Desde hace dieciséis meses no. No sé por dónde anda.

«Ni siquiera –pensó–, si todavía sigue con vida». Ella luchaba contra los franceses en la guerrilla, y las colinas y peñascos por los que transcurrían sus batallas no estaban lejos de Ciudad Rodrigo. No la había visto desde que se separaron en Almeida y, al pensar en ella, sintió un súbito anhelo en su interior. Ella tenía cara de águila, delgada y cruel, cabellos y ojos negros. Teresa era bella como una espada fina, delgada y dura.

Después, en Inglaterra, conoció a Jane Gibbons, cuyo hermano, el teniente Christian Gibbons, había intentado matarlo en Talavera. Gibbons había muerto. Jane era bella, ese tipo de belleza con el que sueñan los hombres; rubia y femenina, esbelta como Teresa, pero a eso se reducía todo el parecido. La muchacha española sabía desmontar el seguro de un fusil Baker en treinta segundos, podía matar a un hombre a doscientos pasos, sabía cómo tender una emboscada y proporcionarle a un francés capturado una muer-

te prolongada, para que pagara por la violación y la muerte de su propia madre. Jane Gibbons sabía tocar el piano, escribir una carta bonita, sabía hacer uso del abanico en un baile de condado y le encantaba gastar dinero en la sombrerería de Chelmsford. Eran tan diferentes la una de la otra como el acero y la seda; sin embargo, Sharpe las quería a ambas, aunque sabía que tales sueños eran vanos.

–Está viva –dijo Hogan con voz tranquila.

–¿Viva?

–Teresa.

Hogan debía saberlo. A pesar de la escasez de ingenieros, Wellington había destinado a Hogan a su estado mayor. El irlandés hablaba español, portugués y francés, sabía descifrar los mensajes de los enemigos y había pasado mucho tiempo trabajando con los guerrilleros y con los oficiales exploradores de Wellington que cabalgaban, solos y de uniforme, detrás de las líneas francesas. Hogan recopilaba lo que Wellington llamaba su «inteligencia», y Sharpe sabía que si Teresa seguía luchando, Hogan tendría noticias.

–¿Qué ha oído?

–Poca cosa. Ha estado ella sola en el sur durante bastante tiempo, pero he oído que ha venido aquí. Su hermano dirige la banda, ella no, pero todavía la llaman «la Aguja».

Sharpe sonrió. Él era el que le había puesto ese apodo: «La Aguja».

–¿Por qué se fue hacia el sur?

–No lo sé. –Hogan le sonrió–. Alégrese. La volverá a ver. ¡Además, me gustaría conocerla!

Sharpe sacudió la cabeza. Había pasado mucho tiempo y ella no había hecho nada por encontrarlo.

–Debe haber una última mujer, señor, al igual que una última batalla.

Hogan soltó una risotada.

–¡Dios del cielo! Una última mujer. ¡Triste cabrón! Ahora me va a decir que está preparando los votos para sacerdote. –Se enjugó una lágrima de los ojos–. ¡Conque una última mujer! –Se volvió para mirar de nuevo la ciudad–. Escuche, amigo, tengo mucho que hacer, si no seré el último irlandés en el estado mayor de Wellington. ¿Se cuidará?

Sharpe sonrió burlonamente y asintió.

–Sobreviviré.

–Ése es un engaño útil. Me alegro de que haya vuelto.

Sonrió y empezó a caminar por la nieve hacia el cuartel general de Wellington. Sharpe se volvió hacia Ciudad Rodrigo. Supervivencia. Era una mala época para luchar. El cambio de un año a otro era el momento en que los hombres miraban al futuro, soñaban con placeres lejanos, con una casita y una mujer buena, y con los amigos de una noche. El invierno era la época en que el ejército se quedaba en los cuarteles, esperando que la primavera secara los caminos y fuera el período de estiaje de los ríos, pero Wellington se había puesto en marcha en los primeros días del año y la guarnición francesa de Ciudad Rodrigo despertó una fría mañana y se encontró con que la guerra y la muerte se habían adelantado en 1812.

Ciudad Rodrigo sólo era el principio. Tan sólo había dos caminos desde Portugal hacia España que pudieran soportar el peso de la artillería pesada, el interminable chirrido de los carros de provisiones y el paso continuo de batallones y escuadrones. Ciudad Rodrigo defendía la ruta del norte y Wellington planeaba tomar la fortaleza esta madrugada, cuando la campana de la iglesia diera las siete. Luego, tal como sabía todo el ejército, tal como sabía toda España, había que tomar la carretera del sur. Para estar a salvo, para defender Portugal y atacar España, los británicos tenían que controlar ambas rutas, y para controlar el camino del sur primero debían tomar Badajoz.

Badajoz. Sharpe había estado allí, después de Talavera y antes de que el ejército español rindiera la ciudad a los franceses. Ciudad Rodrigo era grande, pero pequeña comparada con Badajoz; las murallas, con toda esa nieve, resultaban impresionantes, pero insignificantes si se las comparaba con los baluartes de Badajoz. Richard Sharpe dejó que sus pensamientos volaran hacia el sur, a la deriva con el humo de los cañones por encima de Ciudad Rodrigo, hacia el sur por encima de las montañas, hacia donde la enorme fortaleza proyectaba oscuras sombras sobre las aguas frías del río Guadiana. Badajoz. Dos veces habían fracasado los británicos en su intento de arrebatarles la ciudad a los franceses. Pronto habrían de volver a intentarlo.

Se dio la vuelta para reunirse con su compañía al pie de una loma. Podía producirse un milagro, por supuesto. La guarnición de Badajoz podría coger la peste, el polvorín podría explotar, la guerra podría terminar, pero Sharpe sabía que no eran más que esperanzas vanas que se disiparían con el frío viento. Pensó en su ascenso a capitán, en su nombramiento, y aunque sabía que Lawford, su coronel, nunca le quitaría el mando de su compañía ligera, seguiría preguntándose por qué no se había presentado voluntario para el escuadrón suicida. Eso le hubiera asegurado el ascenso y hubiera pasado la prueba de superar el miedo que todo hombre sentía al ser el primero en penetrar por una brecha defendida. Con anterioridad había probado su valentía en varias ocasiones, pero si no se presentó voluntario en la brecha de Ciudad Rodrigo y no pudo probarla allí, ahora tendría que esperar que se presentara otra ocasión. Y fue en Badajoz.

CAPÍTULO 2

Las órdenes llegaron bien entrada la tarde, pero no sorprendieron a nadie. Sólo provocaron en los batallones una actividad callada. Se afilaron y aceitaron las bayonetas, los mosquetes se comprobaron una y otra vez, los cañones de asedio seguían golpeando las defensas francesas intentando derribar el cañón escondido en ellas. Y a esperar. De las baterías se elevaba un humo grisáceo que se unía a unas nubes bajas y panzudas que tenían el color de la pólvora mojada.

La compañía ligera de Sharpe, según había pedido Hogan, tenía que unirse a los ingenieros en los accesos a la brecha más amplia. Cargarían con grandes sacos de heno que luego lanzarían en la cara empinada del foso para formar una amplia colchoneta sobre la que pudiera saltar con seguridad el escuadrón suicida y los batallones atacantes. Sharpe observó cómo sus hombres entraban en fila en la trinchera, cada uno con uno de esos sacos rellenos toscamente. El sargento Harper dejó caer su saco, se sentó encima, le dio unos golpes para que resultara cómodo y se estiró.

—Mejor que una cama de plumas, capitán.

Casi uno de cada tres hombres del ejército de Wellington era, al igual que el sargento Harper, irlandés. Patrick Harper era un hombre alto, de casi dos metros de músculo y alegría, que ya no veía tan mal el hecho de luchar en un ejército que no fuera el suyo. Lo habían reclutado a causa del hambre en su Donegal natal y mantenía vivo el

recuerdo de su patria, el amor a su religión y a su lengua, y un gran orgullo por sus antiguos héroes guerreros. Él no luchaba por Inglaterra, menos aún por el regimiento South Essex, él luchaba por sí mismo y por Sharpe. Sharpe era su oficial, un compañero fusilero y un amigo, si es que era posible que un capitán y un sargento fueran amigos. Harper estaba orgulloso de ser soldado, incluso en el ejército de su enemigo, porque un hombre podía sentirse orgulloso si realizaba bien su trabajo. Tal vez, un día luchara por Irlanda, pero no podía imaginarse cómo iba a suceder eso si el país estaba machacado y perseguido, las llamas de la resistencia se habían apagado de golpe y, sinceramente, tampoco pensaba mucho en esa posibilidad ni ponía muchas esperanzas en ella. De momento se encontraba en España y su trabajo consistía en inspirar disciplina, humor, y en engatusar a la compañía ligera del South Essex. Lo hacía a las mil maravillas.

Sharpe hizo un gesto con la cabeza señalando el saco de heno.

–Seguramente está lleno de pulgas.

–Así es, capitán, probablemente lo esté. –Harper sonrió con sarcasmo–. Pero en mi cuerpo ya no hay sitio para una pulga más.

Todo el ejército estaba infestado de piojos y comido por las pulgas, pero estaban tan habituados a las incomodidades que apenas lo notaban. «Mañana –pensó Sharpe–, en la comodidad de Ciudad Rodrigo, todos podrán espulgarse con humo, y aplastar las costuras del uniforme con una plancha caliente para acabar con las liendres». Pero eso sería mañana.

–¿Dónde está el teniente?

–Se encuentra mal, capitán.

–¿Borracho?

Harper frunció el ceño.